

β

Lucía Ruiz Mercado

El mal: sus causas, implicaciones y efectos

Introducción

Abordar el tema del mal exige penetrar en todas las configuraciones de este fenómeno opuesto, en cierta medida, al bien y preguntarse cuál es su esencia, su ser. El mal no es una cosa, un elemento del mundo, a decir de algunos, una sustancia en este sentido: una naturaleza. El mal no es una realidad separada o separable, sino que forma parte de la única realidad verdaderamente existente.

Sólo el pensar filosófico excluye cualquier fantasía de un mal substancial. A cambio, se abre paso una nueva concepción de la nada, como una distancia óptica entre creador y criatura, que permite hablar de la diferencia de lo creado en cuanto tal que hace comprensible el hecho de que criaturas dotadas de libre elección, puedan “declinar” lejos de Dios e “inclinarse” hacia lo que tiene menos ser, hacia la nada.

El mal es un fenómeno manifiesto que alude a privación, a deficiencia; una acción incisiva que se reproduce vorazmente auxiliada por ciertos factores y por un mayor mal. Podemos observarlo si se examinan de modo particular las formas de la maldad y percatarnos que sus manifestaciones hacen mella hasta en los valores humanos convirtiéndolos consecuentemente en antivalores.

En consecuencia, corresponde al hombre, al ser humano, averiguar cuál es el origen del mal que, por ser creación suya, le atañe; ¿cuál es el mal que merma el ser?, ¿por qué el mal como deficiencia priva, mata, destruye y es opuesto al eros creador? Es tarea fundamental de la filosofía preguntarse acerca de sus causas, implicaciones y efectos.

Las clases del mal

En la reflexión común prefilosófica se distingue entre mal físico y mal moral. El primero es equivalente al sufrimiento y al dolor corporal. El mal moral se muestra como una deficiencia del espíritu. San Agustín distinguió entre mal físico y mal moral agregando que sólo el mal moral (pecado) es, propiamente hablando, un mal. Sin embargo, podemos también decir que Santo Tomás diferenciaba entre el mal físico, muerte y pecado, considerados como males en el hombre.

Se habla también de un mal que a veces es concebido como el "mal en general", aun cuando sea un mal *secundum quid*, a veces como el concepto general que corresponde a todos los males, a veces como el fundamento último de cualquier especie de mal; se trata del mal metafísico, nombre utilizado sobre todo después de Leibniz, quien clasificó los males en tres tipos: metafísico, físico y moral.

La equívocidad del mal se patentiza en la diversidad de sus manifestaciones por lo que es necesario considerar la existencia de géneros y variedades del mal. La existencia de géneros se examina mediante el análisis de conceptos, de lo que resulta que el mal puede concebirse como un ser o un valor, como algo absoluto o algo relativo, algo abstracto o algo concreto, algo substancial o algo accidental, etcétera.

Para la Patrística el mal sigue conservando un aspecto predominantemente metafísico. El mal es concebido como una *mácula* de la creación, esto es, como una sombra, como una carencia, como una privación metafísica. Para San Agustín, como antes para Platón, el mal no existe en la realidad pura, sino que existe únicamente en las sustancias compuestas. Las fórmulas agustinianas confirman la coincidencia cuando expresan que "la privación de todo bien equivale a la nada. Luego, todas las cosas que existen son buenas. Y aquel mal, cuyo origen yo buscaba, no es una substancia, porque si fuese una substancia sería un bien, sería, en efecto, o una substancia incorruptible y por eso, un gran bien, o sería una substancia corruptible que a menos que fuese buena, no podría corromperse".¹

Por su parte, el pensador Plotino dice que "el mal es al bien como la falta de medida a la medida, como lo ilimitado al límite, como lo informal a la causa formal, como el ser eternamente deficiente al ser que se basta a sí mismo. El mal es siempre indeterminado, inestable, completamente pasivo, jamás satisfecho, pobreza completa, —he aquí no los atributos accidentales, sino la esencia misma del mal".²

El mal puede ser concebido como un elemento necesario para la armonía universal. Sin él, la realidad sería incompleta. Defensores de esta teoría son los estoicos, Leibniz, Bergson, que justifican el mal como algo necesario.

¹ San Agustín. *Confesiones*, VII, 12.

² Ferrater Mora, J. *Diccionario de filosofía*, Alianza Editorial, Madrid, 1979, p. 2080.

Para el filósofo contemporáneo Paul Ricoeur, la teodicea de Leibniz ha sido rebasada, pues el mal supera esa llamada armonía universal. Ricoeur refiere el sentimiento humano como un mal efecto, producido de una mala causa.

A la vez, el mal es el último grado del ser. Esta pobreza ontológica del mal se presenta al adherirse al mal todos los valores negativos (o estimados como negativos). No obstante, el mal como parte de la realidad es una entidad que opera dinámicamente y contribuye al des-envolvimiento lógico-metafísico de lo que hay.

Al mal moral lo constituyen tanto la libre decisión de la voluntad contraria al bien (moral) y la acción exterior resultante de ella como el hábito y la actitud interior.

En la patrística latina el mal es visto desde el ángulo religioso-moral como una manifestación del pecado. Es pues, privación determinada de un bien moral.

Para Ferrater Mora, aunque Agustín examina el problema del mal atendiendo al aspecto metafísico, su atención se centra en la cuestión del mal religioso-moral, esto es, el pecado.³ Desde esta perspectiva, el mal es concebido como un alejamiento de Dios causado por una voluntad de independencia respecto a la Persona divina. San Buenaventura definirá posteriormente el mal así: "el mal (el pecado) es el hecho de que el hombre hiciera algo a causa de sí y no a causa de Dios" (*aliquid faveret propter se, no propter Deum*).

Mal moral es aquello que en la acción humana implica imputación, acusación y reprobación.⁴ Imputar es atribuir a un sujeto responsable una acción susceptible de valoración moral. La acusación caracteriza la acción como violatoria del código ético dominante dentro de la comunidad considerada. La reprobación designa el juicio de condena en virtud del cual el autor es declarado culpable y merece ser castigado. Es aquí donde el mal moral interfiere con el sufrimiento ya que el castigo es un sufrimiento infligido.

Filosofía y teología piensan el mal como raíz común del pecado y del sufrimiento. El castigo es un sufrimiento que se sobreañade al mal moral, sea corporal, privación de la libertad, vergüenza y remordimiento; de ahí que la culpa sea llamada pena. El mal moral y el

³ Cfr. *Op. cit.*, p. 2081.

⁴ Cfr. Ricoeur, P. *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*. Amorrortu, Buenos Aires, 2006, p. 24.

mal-sufrimiento se interrelacionan, pero uno es causa y el otro consecuencia. Todo mal es pecado o pena.

El mal en el individuo

San Agustín dice que la nada de privación es a la vez una potencia superior a cada voluntad individual y a cada volición singular. En cambio Pelagio parece más verídico porque deja a cada ser libre frente a su sola responsabilidad. El mal está inscrito en el corazón del sujeto humano,⁵ dice Ricoeur, sea sujeto moral o sujeto político. El hombre no es sujeto sino cuando es convocado, es sujeto por ser responsable. Para Paul Ricoeur y la tradición que él retoma, hablar acerca del mal es hablar de una falla en el corazón. El mal no depende del mero discurrir del tiempo, "está ligado a lo sucedido de una vez para siempre ante lo cual mi libertad es conminada, convocada y provocada a existir".⁶ El mal concierne a una problemática de la libertad, intrínsecamente. Por eso, el hombre puede ser responsable de él, asumirlo, confesarlo y combatirlo.

Al afirmar la negación de la substancialidad del mal estamos confesándolo y dándole una perspectiva exclusivamente moral; entonces, la pregunta, ¿de dónde viene el mal?, pierde todo sentido ontológico para ser reemplazada por la pregunta, ¿de dónde viene que hagamos el mal?, lo que lleva el problema entero del mal a la esfera del acto, de la voluntad, del libre albedrío.

La causa principal del sufrimiento es la violencia ejercida por el hombre sobre el hombre: obrar mal es dañar siempre a otro directa o indirectamente y, por ende, hacerlo sufrir al hacer al otro padecer. Y en este punto de intersección capital es donde más agudo se hace el grito de lamentación cuando el hombre se siente víctima de la maldad del hombre.

La violencia une continuamente el mal moral con el sufrimiento, por lo que toda acción, ética o política que disminuya la cantidad de violencia ejercida por un hombre contra otros, disminuye el nivel de sufrimiento en el mundo. Tal es el fondo oscuro que hace del mal un enigma. Si descontáramos el sufrimiento infligido a los hombres por los

⁵ Cfr. *Ibidem.* p. 15.

⁶ *Ibidem.* p. XII.

hombres, veríamos lo que queda en el mundo de él; pero la verdad no sabemos hasta qué punto la violencia impregna el sufrimiento.

Esto nos hace reflexionar sobre que antes de acusar a Dios o especular sobre un origen demoníaco del mal en Dios mismo, actuemos ética y políticamente contra el mal.⁷

Para Kant, el principio del mal no es de ninguna manera un origen en un sentido temporal del término, es solamente la máxima suprema que sirve de fundamento subjetivo último a todas las máximas malas de nuestro libre albedrío. Esta máxima suprema funda la propensión al mal (*Hang*) en el conjunto del género humano en contra de la predisposición al bien (*Anlage*), constitutiva de la voluntad buena. Pero la razón de ser de ese mal radical es "inescrutable" (*unerforschbar*) "no existe para nosotros razón comprensible para saber de dónde habría podido llegarnos primero el mal moral".⁸

La Teoría del mal

Ernest Becker conjunta una serie de tesis que confluyen en lo que provoca el mal y en sus efectos, así como los elementos que pueden parecer una herramienta contra él, no precisamente para erradicarlo, pero sí para evitarlo.

El hombre, como cualquier organismo, lucha instintivamente por su sobrevivencia. Trata de mantener un elevado funcionamiento orgánico y hace cualquier cosa por lograrlo. Por eso, para los hombres enfermedad y muerte son los dos grandes males de la condición orgánica. Sobrevivir se convierte en una tarea frenética y la lucha por sujetarse a la vida es, a cualquier costo, un precio que puede resultar desastroso. Para Hocart esta búsqueda de prosperidad es la ambición universal de la sociedad humana. La búsqueda es consciente, por tanto también está consciente de que su fin es inevitable.⁹

En *La lucha contra el mal*,¹⁰ Becker afirma que el hombre creó símbolos culturales que no envejecen ni decaen para aliviar su temor a su fin último y para tener la esperanza de una duración indefinida. El

⁷ Cfr. *Ibidem*. p. 61.

⁸ *Ibidem*. p. 45-46.

⁹ Cfr. Becker, E. *La lucha contra el mal*, FCE, México, 1977, p. 19.

¹⁰ Cfr. *Ibidem*. p. 20.

hombre trasciende la muerte mediante la cultura. El hombre no teme tanto a su extinción sino que le da pavor morir siendo insignificante. Desea trascender la muerte y que con su muerte sea tomada en cuenta la huella de su vida.

Si la religión tiene como motivo principal perpetuar el organismo, la cultura encarna la trascendencia de la muerte. Becker afirma que la cultura es sagrada ya que es una "religión" que asegura, de alguna manera, la perpetuación de sus miembros. Toda forma de cultura busca elevar a los hombres sobre la naturaleza, asegurarles que sus vidas son más importantes que las cosas físicas. No obstante, el temor a la muerte permanece más allá de la perpetuación cultural. Y esto se convierte en un gran problema.

Al insistir en trascender y en los símbolos de la inmortalidad, se origina un nuevo tipo de inestabilidad y angustia. Su capacidad creadora, más bien que su naturaleza animal, les impone a sus semejantes un muy amargo destino. "Las esperanzas y los deseos imposibles han acumulado en el mundo mucho mal".¹¹

Muchos han sido los factores directos o indirectos que son a la vez causa del mal en el mundo. Desde los comienzos de la humanidad, el rito fue utilizado por el hombre para imaginar un dominio sobre la naturaleza, la vida y la muerte, ofrendando en sacrificio un chivo expiatorio como regalo a los dioses y estar en comunión con ellos. Así, las tribus y los clanes se sintieron protegidos. Posteriormente, la aparición de héroes e ídolos provocó la desigualdad social, que creemos es otra causa del mal, al poseer éstos las cualidades necesarias para llevar al grupo a la sobrevivencia y a la prosperidad. El héroe se convirtió en el foco de la pasión humana que buscaba la victoria sobre la muerte.¹² Y para proteger su vida, el hombre está dispuesto a dominar la de los demás.

Becker habla del sentimiento de culpa como un motivo muy fuerte para pertenecer al grupo. El hombre se integró a la organización social para compartir la culpa. La organización social es una estructura de culpas compartidas.¹³ El sentimiento de culpa es una respuesta a la impotencia que siente el hombre ante los hechos que no puede controlar, ni cambiar, ni evitar. Muchos motivos de expiación tiene el hombre, pero debe compartir su sentimiento de culpa porque solo no puede con

¹¹ *Ibidem.* p. 23.

¹² *Cfr. Ibidem.* p. 80.

¹³ *Cfr. Ibidem.* p. 63.

él. La afirmación escandalosa de poder, el regalar y la expiación son expresiones derivadas de la culpa. Con el regalo, el hombre logra el heroísmo y la expiación.

Ante las circunstancias desfavorables, el hombre desarrolló una sensibilidad especial para descubrir las fuentes de poder al igual que una diversidad grande de dichas de fuentes de poder, por eso el hombre es más agresivo que los otros animales; es el único animal consciente de la muerte y de la decadencia, eso lo hace buscar de forma exaltada los poderes para perpetuarse. El máximo poder se ha logrado dominando las fórmulas de las técnicas. El poder busca la inmortalidad y al hacerlo, transgrede provocando el mal.

Rousseau y Hobbes tenían razón al afirmar que el mal en su origen es "neutral", se deriva de la fortaleza orgánica pero sus consecuencias son reales y dolorosas.¹⁴

Pero, ¿por qué los hombres acceden a ser engañados dispuestos a estar sujetos? La respuesta reside en la *transferencia*, fenómeno que se desprende del psicoanálisis y que es una realidad viva, una reacción instintiva ante la majestad de la creación. Los hombres son acaparados por la vida y por aquellos que la representan. Un escritor actual llamó a esto "desigualdad funcional" y la cree un factor inevitable e imparcial en la vida social.¹⁵ ¿Quién crea la falta de libertad para conseguir la perpetuación y lograr el sentimiento de expansión de su yo y de protección participando en la colectividad? El hombre mismo.

Algo sucedió en la historia que de forma gradual arruinó al hombre, convirtiéndolo de un ser creador y activo, en un alienado consumidor. El hombre se convirtió en un súbdito, porque ha cedido desde tiempos pasados su poder al Estado y éste ha abusado de ese poder conferido para originar más injusticia y desigualdad.

El dinero se muestra como otro factor de origen del mal, a la vez que es un mal en sí mismo porque refleja la supremacía material sobre la espiritual, representa subjetivamente el nuevo símbolo de la inmortalidad porque el hombre con él puede comprar casi todo.

La inmortalidad ya no reside en el mundo invisible del poder sino en el visible y la muerte es superada acumulando monumentos que desafían el tiempo. Como todas las cosas culturales, el dinero es sagrado además de que ofrece poder en el presente y en el futuro. Entre más oro

¹⁴ Cfr. *Ibidem*. p. 89.

¹⁵ Cfr. Lensky, G. *Power and Privilege*, Mc Graw-Hill, New York, 1966, p. 105.

y dinero, más poder. Todo poder es usado para negar la mortalidad. Los símbolos de poder de la inmortalidad que el dinero compra existen en el nivel de lo visible y por ello incomodan a su competidor invisible. El hombre no soporta la igualdad económica porque no tiene fe en la trascendencia de sí mismo, en los símbolos de la inmortalidad espiritual. Sólo el valor físico visible le puede ofrecer la vida eterna. El dinero y los intereses acumulados se han convertido en un Dios inequívoco.

En el transcurso de la historia, los hombres acumularon un resentimiento de culpa amasando bienes y no había forma de expiar esto. Ya no podían refugiarse con seguridad en el grupo, por esta causa apareció la noción de pecado, que en teología significa la pérdida de poderes y protección divinos. Ahora se ha eliminado totalmente la separación entre lo visible y lo invisible, negando el mundo invisible. Nos hemos vuelto completamente mundanos, no tenemos ningún problema con el pecado, pues no existe nada de lo que debamos apartarnos. No existe la experiencia del pecado cuando no se cree que el cuerpo sea un problema, cuando el individuo imagina que tiene un control de su destino en el nivel material. La pérdida de los poderes divinos no se siente porque éstos son negados por el poder básico de las cosas visibles. Hemos negado la existencia de la dimensión invisible.

En contraste con el sentimiento de culpa, no reprimimos el pecado pues no se produce en nuestra experiencia del mundo. El sentimiento de culpa no se ha desvanecido al ser trasladado a las cosas o al ser expiado por éstas.

El psicoanálisis ha revelado la dinámica de la miseria humana; ha revelado que al desear perdurar, prosperar y conseguir la inmortalidad, el hombre niega la muerte y su naturaleza animal, por eso se aleja de este aspecto y trata de negarlo.

El fundamento de Rank se basa precisamente en el temor a la vida y a la muerte. Los temores se encuentran profundamente ocultos por la represión sustituida por la vida diaria con su apariencia alegre, tranquila. La represión es el gran descubrimiento del psicoanálisis que explica cómo los hombres viven en una dimensión de confianza, alegría y esperanza que les ofrece una felicidad que supera a la que la represión les ofrece.

Según Rank esto se logra mediante el manejo simbólico de la cultura que sirve a los hombres como un antídoto contra el terror, al ofrecerles una vida perdurable que supera a la del cuerpo. Wilhelm

Reich afirma¹⁶ que los hombres desean entregar su destino al Estado o a un gran jefe porque el político promete manejar el mundo, elevar al hombre por encima de su destino y por ello los hombres depositan en él su confianza. Los hombres tratan de evitar las calamidades naturales de su existencia entregándose a las estructuras que encarnan el poder inmune, pero lo que logran es dañarse con las nuevas calamidades producidas por su obediencia a los políticos.

Jung habla de la "sombra" que se encuentra en cada *psique* humana. Esta sombra es el sentimiento individual de inferioridad de la criatura, la que el hombre más desea negar. Erich Neumann resume el punto de vista de Jung diciendo: "la sombra es el otro aspecto, la expresión de nuestra imperfección y de nuestra condición terrenal, la negativa, incompatible con los valores absolutos o sea, el horror de ver transcurrir la vida, el conocimiento de la muerte".¹⁷ El hombre desea librarse de este sentimiento de inferioridad que existe en la realidad, aun cuando sólo se sospeche débilmente de él y lo hace buscando todo lo oscuro inferior y culpable que hay en los otros.¹⁸ Esta sombra es transferida al mundo exterior y percibida como un objeto externo. Es combatida, castigada y exterminada como "el extraño que está ahí afuera" en vez de considerarse un problema interior.¹⁹ Así, deseamos las fuerzas negativas de la *psique* y el sentimiento de culpa, buscamos un chivo expiatorio y ese sentimiento de inferioridad y animalidad se proyecta sobre ese chivo expiatorio. Así, después se elimina simbólicamente junto con éste.

Burke reconoció que el sentimiento de culpa y la expiación son categorías fundamentales de la explicación sociológica y propuso una fórmula simple: el sentimiento de culpa puede ser eliminado en la sociedad y a éste lo mitigan las víctimas. La lógica de tener un chivo expiatorio se basa en el narcisismo animal y el temor escondido. Revela mucho de lo que nuestras mentes son capaces de comprender, como en los juegos de los circos romanos, en que el sacrificio continuo y abrumador de animales y de vidas humanas correspondía a la represión de una

¹⁶ Cfr. Reich, W. *The Mass Psychology of fascism*, Farrar Strauss, Nueva York, 1970, pp. 334 y sigs.

¹⁷ Neumann E. *Dept. Psychology and a New Ethic*, Hodder and Stoughton, Londres, 1969, p. 40.

¹⁸ Cfr. Jung C. *Después de la catástrofe*, Obras completas, Vol. 10, Bollingen, Princeton, N. J., 1970, p. 203.

¹⁹ Cfr. Neumann, *Op. cit.*, p. 50.

sociedad que se dedicaba a la guerra y vivía al borde de la muerte. Era el pasatiempo perfecto para aplacar la angustia y mostrar el dominio básico sobre la muerte.²⁰

Sacrificar es un reflejo humano básico de la verdad, una expiación adecuada de la culpa natural. Además, el sacrificar cosas vivientes añade un poder vital visible a la corriente de la vida. Cuantas más cosas son sacrificadas, más se libera generosamente el poder. Así, podemos saber claramente por qué la guerra aumentó su poder. Rank afirmó: el temor a la muerte del ego disminuye con el asesinato y el sacrificio de otros. Por medio de la muerte de los demás uno se libera de morir y ser asesinado.²¹ Con esto se evidencia la afición de los hombres por la guerra. Freud advirtió que cuando no se enfrenta a los enemigos y a los extraños, el ego sin pensarlo siquiera puede relegarlos al limbo de la muerte. El hombre moderno vive de la ilusión, pues niega y suprime su deseo de que mueran los otros y su propia inmortalidad, y debido a esta ilusión la humanidad no puede dominar los males sociales como la guerra.

Admiramos al héroe, porque desea dar su vida por los otros en vez de conservar la suya. El heroísmo constituye una transformación de los valores rutinarios y es otro factor que hace a la guerra tan atractiva.

Las culturas son estilos de una negación heroica de la muerte. No obstante, la muerte se convierte en un "mecanismo cultural" utilizado como forma de dominio y de represión social para ayudar a la elite a imponer su voluntad.

Para Zilboorg, el sadismo absorbe el miedo a la muerte porque al manipular y odiar activamente, nuestro organismo se mantiene absorto en el mundo exterior, manteniéndose en estado de baja tensión la introspección y el temor a la muerte. Creemos que logramos dominar a la vida y a la muerte cuando tenemos en nuestras manos el destino de otros. En tiempos de paz, el temor que alimenta la guerra tiende a encontrar su salida dentro de la sociedad, en el odio entre razas y clases, en la violencia cotidiana, en el crimen, en los accidentes automovilísticos y hasta en la violencia contra sí mismo en el suicidio.²²

²⁰ Cfr. Becker, E., *Op. cit.*, p. 180.

²¹ Cfr. Rank O. Will. *Teraphy and truth and reality*, Knopf, Nueva York, 1945, p. 130.

²² Cfr. Zilboorg. *El temor a la muerte*, *Psychoanalytic Quarterly*, 1943, pp. 473-474.

El mal reside en el deseo de perpetuarse que para cada individuo representa un reto ante el que ningún sacrificio es demasiado grande, siempre y cuando la víctima sea otra persona y siempre que el jefe o el grupo lo aprueben. Toda sociedad es un sistema heroico que promete la victoria sobre la muerte y el mal, pero ningún mortal puede mantener esta promesa. El hombre no puede triunfar sobre el mal y la muerte, y esto para las sociedades seculares es ridículo. Las sociedades religiosas creen, ciega y confiadamente, en la victoria y en otra dimensión de la realidad. La sociedad histórica es o una falsificación esperanzada o una mentira decidida.

Conclusiones

Existen muchas razones por las que sabemos las causas verdaderas del mal, el que se origina por múltiples factores que se han ido revelando a través de la misma historia y a través de las investigaciones que la antropología, la sociología, la filosofía y el psicoanálisis han realizado.

El mal se ha reproducido mediante los instrumentos como el rito, el sacrificio, el poder, el chivo expiatorio, la transferencia, el dinero, la muerte, la sociedad heroica, instrumentos utilizados por los hombres en su afán de perpetuarse, de ir más allá de la vida y vencer a la muerte, de trascender. Un engaño contrario a la espiritualidad que le podría traer algo de paz a sus miedos y culpas.

Este es un primer intento por conocer las entrañas del mal que nos ha llevado a conocer los motivos por los que posiblemente los hombres luchan exaltadamente por su trascendencia y obran mal.

El mal, por su dimensión y magnitud, es una realidad y sería una utopía eliminarlo porque desafortunadamente el mal va inescrutablemente unido al hombre en su existencia y por lo tanto en su acción. Sería de gran ayuda no negar esos motivos de los que habla Freud, Rank y Becker, entre otros, y llegar a conocerlos para que se conviertan ellos mismos en herramientas para buscar mejor la aceptación de la finitud y la admisión de la espiritualidad como mejor recurso para existir. El problema del mal no sólo es de índole especulativa, requiere una convergencia entre pensamiento y acción así como una transformación en la espiritualidad de los sentimientos.